




## CAPITULO VIGÉSIMO-SEGUNDO

Bonaparte en Austria.

 ECHAZADO Allwintzy y Mantua rendida, Bonaparte se aplicó á preparar su marcha contra el Austria. Lo primero de todo era acabar de afianzar su dominación en Italia, avasallando al único soberano que se mantenía en actitud hostil á la República francesa, el Papa. No era Bonaparte amigo ni enemigo de la Iglesia. Como institución religiosa, le tenía sin cuidado. La miraba únicamente desde el punto de vista político, como medio para el logro de su ambición, y en este respecto, hallaba en ella una nota simpática, la de reprimir la libertad de conciencia, y se inclinaba á protegerla, con tal que pudiese á su servicio la influencia que ejercía sobre las almas. Lo absurdo de esta exigencia condenaba al Papado á seguir la triste suerte de los demás Estados italianos. Probable es que, á esta hora, hubiese decidido ya Bonaparte disolver los Estados pontificios; porque su firme resolución de dominar en toda Italia era incompatible con la existencia de cualquier otro poder independiente. Pero aplazó la ejecución de este plan para más adelante, limitando su aspiración por el momento á separar al Papa de la alianza con el Austria, reconciliarle con la República francesa, explotarle y debilitar su poder, mediante un tratado concluído en el plazo más breve posible.

El Papado carecía de recursos para defenderse. De fuera, ninguna nación podía auxiliarse. España era aliada de Francia; Nápoles acababa de firmar la paz con el Directorio, y el Austria temía que no le bastasen sus fuerzas para defenderse á sí misma. Dentro, un

monstruoso despotismo, espiritual y temporal á la vez, junto á una administración corrompida, había matado, de la cumbre á la base de la sociedad, todas las virtudes cívicas. «El gobierno papal es el más absoluto de Europa», escribía un viajero francés en mil setecientos setenta y cuatro; á lo que añadía un panegirista del Papa: «Fuera de Turquía, el Estado de la Iglesia es el peor administrado». Y esto, en virtud de una ley psicológico-social, que expone con mucha claridad Doellinger. «Cuando el sacerdote, dice el autor de *Iglesia é iglesias*, se halla investido del doble poder jurídico y administrativo, difícilmente resiste á la tentación de informar los actos oficiales en su opinión personal, en su concepto de los individuos, en su piedad, en sus tendencias. Como sacerdote, es, ante todo, el servidor y heraldo de la misericordia y del perdón; olvida muy á menudo que la ley humana debe ser inexorable, que cualquier debilidad para con un individuo es un agravio inferido á otro, ó á varios, ó á la sociedad misma, y se habitúa poco á poco, bajo la inspiración de las mejores intenciones, á poner su capricho por cima de la ley. Por esta pendiente se resbala hasta el fin». Tal exactamente acontecía en los Estados Pontificios. Cardenales y prelados, con sus familias, componían la clase directora, indulgente y misericordiosa de suyo, lo mismo con sus propios individuos que con el pueblo, con tal que á esta misericordia estuviese sometido todo, así los bienes como la vida y el pensamiento. No había para el romano pulgada de tierra, ni rincón de su cerebro, que pudiese llamar realmente suyos, de los que tuviese la libre disposición. La voluntad personal del Papa era la única Constitución, el único derecho civil. No tenía el ciudadano romano un solo principio de derecho privado en que apoyarse; porque no había magistrado, eclesiástico ó judicial, que no estuviese dispuesto á someter la ley á su juicio personal, á una recomendación poderosa ó á la corrupción. La libertad no parecía por ninguna parte. Sometidos á severa censura estaban los libros y los periódicos, y fuertes derechos cerraban las puertas, excepto para las altas clases, á la literatura extranjera. Dirigía casi todos los establecimientos de enseñanza el clero, que ponía buen cuidado en no desarrollar el juicio individual, fuente de toda ciencia. Los centros docentes abundaban; pero no se enseñaba. En las universidades, que eran seis nada menos, los profesores tenían que usar manuales aprobados por los obispos, y pesaba sobre los alumnos rigurosa disciplina eclesiástica. Los colegios, fundados, en general, por órdenes religiosas, se regían por el método de los jesuitas, reducido al estudio de la Gramática, de la Poética y de la Retórica latinas, con exclusión del Griego, de las Matemáticas y de la Historia. Profesaban el principio, verdadero en sí, de que en las escuelas la educación importa más que la instrucción; pero aplicaban la educación sólo á la forma, á la superficie, no al desarrollo del espíritu. Ordenes religiosas dirigían igualmente la mayor parte de las escuelas de primeras letras, de las que no importaba que hubiese muchas, si la gran masa del pueblo no enviaba á ellas sus hijos. Sin temor de incurrir en exageración, se puede afirmar que, en mil setecientos noventa y siete,

las nueve décimas partes de la población no sabían leer ni escribir. Todo su saber se reducía á que la Santa Virgen protege á los buenos cristianos; que se debe honrar á la Iglesia con oraciones y ofrendas, y que cualquier infracción á las leyes religiosas será castigada con penas eternas en el infierno. La santa Inquisición ya no quemaba á los incrédulos; pero obligaba á los habitantes de una misma casa á denunciarle las infracciones cometidas en el círculo de su familia. La policía se sustituía al padre; el confesor, á la policía. Todos los curas podían condenar, sin interrogatorio ni defensa, á cualquiera de sus feligreses, varón ó hembra, noble ó villano, á pasar unas cuantas semanas en una casa de corrección. En los procesos criminales, el acusado no conocía al acusador ni á los testigos; ni se pedía al segundo la prueba del crimen, sino al acusado la prueba de su inocencia. Este absolutismo se extendía al ejercicio de la actividad económica. En todo trabajo, los magistrados tenían el derecho de fijar la parte de ganancia lícita. Nadie podía, bajo pena de excomunión ó de fuertes multas, exportar granos al extranjero sin la autorización del gobierno, ni trasportarlos de una provincia á otra, como no fuese para la capital, ó para Bolonia en las tres Legaciones. En Roma, el gobierno fijaba el precio del trigo que él mismo compraba, y prohibía á los cosecheros venderlo á otros durante cierto plazo. Las mismas trabas paralizaban el comercio del ganado, de la carne salada, del aceite, de la sal y de los huevos. Semejantes leyes, al par que obligaban á los cosecheros á captarse la benevolencia de los omnipotentes preladados y de los servidores de éstos, oponían una barrera infranqueable al incremento de la agricultura y de la ganadería en uno de los países más fértiles del mundo. Sobre los oficios pesaba la misma tiranía que sobre la agricultura. El tahonero no podía recibir grano ni molerlo sin autorización escrita de la administración; en Roma, el panadero tenía que comprar al gobierno el horno, la harina y el carbón; en Bolonia, el comerciante en vinos vendía al precio que le fijaban catadores oficiales. Obstáculos de toda especie, la falta de instrucción, la multiplicidad de días feriados, las largas series de peajes establecidos sobre los puentes y caminos y un sistema arbitrario de importación y exportación, cohibían el desarrollo de la industria y del comercio. Con este régimen, no sólo se perjudicaba á los particulares, sino también á la pública Hacienda. Los ingresos disminuían fatalmente de año en año, á pesar de recurrirse, para reforzarlos, á medios inmorales, como la lotería y la venta de los empleos públicos.

Esta pobreza no se notaba en Roma, en la que entraba un río de oro, por la administración de la gracia divina y por los millares de extranjeros que en todas las épocas del año la visitaban. Asentada sobre el grandioso pedestal de las glorias de la República romana y de los esplendores de los Césares; consagrada por el recuerdo y los monumentos de los primeros cristianos; glorificada con el inmenso poder divino del Pontificado y embellecida con el sublime vuelo de las artes del Renacimiento, era Roma compendio y suma de lo más primoroso que la civilización había producido durante tres mil años, y ejercía,

por su pasado y por su presente, mágico atractivo sobre todo el mundo civilizado. Por afortunados se tenían los que lograban la dicha de visitarla. Sus habitantes vivían en una especie de bienaventuranza. La mitad del año se pasaba en fiestas religiosas, cada una de las cuales, por la maravillosa exhibición de música y de fuegos artificiales, de procesiones y de mascaradas, proporcionaba aun á los más pobres y humildes su parte de goce y de exaltación. Ya Montaigne escribía en mil quinientos ochenta: «Cada cual tiene aquí su parte de bienestar espiritual; apenas hay diferencia entre el domingo y los días de la semana; Roma no tiene barrio obrero; en todos los barrios de la ciudad creo hallarme en una de las elegantes calles de París». Allí la vida no parecía tener otro fin que perfeccionar el sentimiento de lo bello, al placentero influjo de las infinitas bellezas de la naturaleza y del arte. «No conozco ciudad en Europa, sin exceptuar París, decía en mil setecientos cuarenta el delicado y culto presidente de Brosses, más agradable, más alegre ni donde se viva mejor». Roma acogía con franca cordialidad, con solicitud fraternal á los huéspedes de todas las naciones, y á todos ofrecía emociones, encantos, placeres siempre nuevos. En todas las épocas del año hormigueaban por sus calles, plazas, templos y monumentos devotos y curiosos, aventureros é intrigantes, sabios y artistas, príncipes y preladados de todos los puntos de la cristiandad. «Unos años antes de la revolución, dice Sybel, la vista del Capitolio, lleno de sotanas y de capuchos, inspiró á Gibbon su inmortal cuadro de la decadencia del Imperio romano; en los monumentos romanos tomó Winchelmann la idea de las obras que transformaron en Alemania el arte clásico y abrieron nuevos horizontes á la inteligencia; en Roma fué donde Goethe, nutriendo su alma en el estudio de los modelos antiguos y modernos, llegó al armónico desarrollo de su portentoso genio. Pronunciar estos tres nombres equivale á expresar la influencia ejercida por Roma en el desarrollo intelectual de Europa, y mostrar, al mismo tiempo, que esta influencia se ejercía en el terreno científico y estético mucho más que en el religioso.»

Al frente de los Estados Pontificios se hallaba á la sazón Pío VI, de la noble familia de los Braschi, que se había encumbrado á fuerza de trabajo, de actividad y de complacencias en el servicio de la prelatura. Era amigo de los jesuitas, y con decir que después de haber recibido el cargo de tesorero de su decidido protector Clemente XIII, fué elevado al cardenalato por el que suprimió la Compañía, Clemente XIV, hemos apuntado el rasgo principal de su carácter. A la muerte de este Papa, dividióse en cónclave entre amigos y enemigos de los jesuitas. Los primeros eran mayoría, pero no sumaban los dos tercios de los votos, y sus candidatos fueron uno tras otro rechazados. Como el menos hostil de sus adversarios, las cortes borbónicas determinaron, al cabo, apoyar á Braschi, que fué elegido por unanimidad. Hallábase el nuevo Papa en el vigor de la edad, y se distinguía por la dignidad de su persona, la hermosura de sus facciones y la afable majestad de su trato, con sus puntas y ribetes de orgullo, pero contenido en los límites del buen gus-

to. No carecía de virtudes. Era benévolo, caritativo, de intachable conducta y de fervorosa piedad en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. Adolecía de una pasión, la vanidad; y por vanidad acometió empresas que diesen fama y brillo á su Pontificado, como la construcción de magníficos edificios, el fomento de las ciencias y las artes y el saneamiento de las Lagunas pontinas, que no logró llevar á término. Intentó, al mismo tiempo, corregir los abusos de aquella venal administración; pero no le llamaba Dios por ese camino. Lejos de cortar vicios, restableció el del nepotismo nombrando á uno de sus sobrinos Cardenal, duque de Breschi al otro, y proveyendo á entrambos de grandes propiedades. Con la Revolución francesa se mostró naturalmente inflexible, condenando en Breves cada una de las medidas que aquella adoptó en el orden espiritual. Esto le valió la animadversión del Directorio, que esperaba con impaciencia la hora de tomar las represalias. Ya desde el otoño, Lareveillere tenía preparada una vasta elaboración religiosa, racional y libre, consistente en el amor de Dios y de los hombres, sin misterios ni milagros, con enseñanzas dadas por ancianos venerables y coros morales cantados por doncellas vestidas de blanco, y se proponía extirpar de cuajo al catolicismo suplantándolo con esta nueva religión. Pero los directores tuvieron que otorgar á Bonaparte poderes ilimitados para tratar con Roma, y Bonaparte subordinaba la cuestión religiosa á los intereses políticos.

Siendo su fin principal invadir el Austria, Bonaparte dejó la mayor parte de sus tropas en el Tirol y en Friul, á las órdenes de Joubert, Massena y Augereau, y se llevó consigo no más que seis mil cuatrocientos franceses mandados por el general Victor, y cuatro mil italianos, de las legiones lombarda y bolonesa, á las órdenes del brigadier Lahoz. El primero de Febrero del noventa y siete, publicó desde Bolonia la declaración de guerra, fundándola en la violación de la tregua y en la deslealtad del clero romano; pero asegurando á los habitantes de Roma todo género de respetos y miramientos á su religión. Luego, escribió al cardenal Mattei que era preciso que el Papa reconociese en Francia la constitución civil del clero, pero que manifestara á Su Santidad que permaneciese tranquilo en Roma, donde, como primer servidor de la religión, sería con su Iglesia respetado y protegido. Proponíase Bonaparte, con esta carta, evitar que el Papa huyese de Roma y concluir cuanto antes la paz. El invasor avanzó hacia el Sur, ocupando las Delegaciones entre las montañas y el mar Adriático. El Papa disponía de Colli, que le había enviado Tuhgut, valiente y hábil guerrero, pero que se desalentó al ver la facha de sus nuevos soldados, y más aún, al advertir que soportaría las cargas y reponsabilidad del mando y se llevaría los honores un cardenal, según costumbre de aquel Estado. Al acercarse los republicanos, tomó posición con seis mil hombres detrás del Senio, torrente que se despeña de los Apeninos al mar, y que, rápido y caudaloso en primavera y otoño, era entonces vadeable en varios puntos. Cuando se divisó á los franceses, el carita-

tivo cardenal les envió un emisario á prevenirles que dispararía contra ellos si daban un paso más. En la madrugada del tres, Lannes pasó el río con su vanguardia, como una legua más arriba, al tiempo que Lahoz, protegido por un cordón de tiradores, se lanzaba al agua y acometía contra las legiones romanas, que apenas opusieron resistencia. En vano los monjes, empuñando y levantando crucifijos, trataban de infundir valor á los soldados; éstos se desbandaron desde que los lombardos se acercaron al campamento. Los muertos fueron muy contados. Hubo mil doscientos prisioneros, á los cuales Bonaparte reunió después del combate para persuadirles de sus benévolas disposiciones, y luego los dejó libres para que fuesen á predicar la paz á los suyos. Donde los habitantes permanecían tranquilos, mantuvo severamente la disciplina, castigando con la muerte la menor tentativa de saqueo; pero al menor acto de hostilidad, ordenaba arrasar los campos é incendiar las aldeas. Con esta política, la milicia se dispersó y la población depuso las armas, que era lo que se proponía.

Informado Bonaparte de que Colli se había retirado de Ancona con la mitad de sus fuerzas, marchó á tomar esta importante plaza. Víctor halló á los tres mil hombres de la guarnición acampados fuera de la ciudad, en una colina mal atrincherada; se puso á parlamentar, mientras sus batallones cercaban los flancos de la posición enemiga. En esto, el mariscal Lannes, que avanzaba por la orilla del mar con unos cuantos oficiales y ordenanzas, tropezó de pronto, en una vuelta del camino, con trescientos caballeros del Papa. El jefe de esta fuerza, un gentilhombre romano llamado Pisch, mandó desenvainar los sables; pero Lannes, con una audacia sin igual, corrió hacia Pisch gritando, como si se dirigiese á un subordinado: «¿Qué es esto? ¿Por qué desenvainar los sables? Que al punto vuelvan las armas á su vaina». El romano, completamente atemorizado, balbuceó: «A sus órdenes». Lannes mandó: «Pie á tierra, y llevad los caballos al cuartel general»; y Pisch siguió repitiendo: «A sus órdenes». Cuando todo lo tuvo preparado, Víctor puso fin á la negociación y dió la señal del ataque disparando un cañonazo. Al oírlo, parte de los soldados pontificios huyeron como almas en pena; los restantes se tendieron al suelo y se dejaron prender, sin que se vertiese una sola gota de sangre. Ancona abrió sus puertas á los vencedores. El diez, Bonaparte mandó al general Marmont marchar hacia Loreto y escribió al Directorio que Ancona, plaza excelente, debía quedar en poder de Francia cuando se hiciese la paz definitiva. La vista de la inmensidad del mar abrió nuevos horizontes á su ambición, que se agrandaba al compás de sus conquistas. «En veinticuatro horas, escribía, se puede pasar de aquí á Macedonia; este punto no tiene precio para nuestra influencia en los destinos del imperio turco».

La rápida invasión de los franceses difundió el pánico en Roma. El mismo Papa se dispuso á huir, haciendo embalar y llevar á Terracina lo más precioso de su tesoro. Cuando ya iba á partir recibió un despacho de Colli, anunciándole que ocupaba en Foligno una